

---

## La casa Europa

---

**Josep Borrell**

---

---

En Aquisgrán, la antigua capital del imperio carolingio, me corresponde intervenir en la cena previa a la entrega del Premio Carlomagno 2006 a Jean-Claude Juncker, primer ministro luxemburgués.

Aquisgrán, Aken, Aquisgrana, Cáchy, Aix-la-Chapelle, Aachen, a la ciudad se la conoce por múltiples nombres. Durante la entrega del Premio Carlomagno, Aquisgrán se convierte por un día en la capital de la Europa carolingia, como lo era hace 1200 años cuando Carlomagno dominaba el continente. Aquisgrán era el centro de su poder. Por ello, y por su ubicación entre Alemania, Bélgica y Holanda, se la considera la "cuna de Europa".

De la "vieja Europa" como dijo D. Rumsfeld, aunque desde la catedral de Aquisgrán es imposible darle al término el sentido peyorativo del Secretario de Estado norteamericano.

Jean-Claude Juncker se merece sobradamente este premio. Desde hace más de veinte años trabaja al servicio de su país y de Europa. Hoy es el decano en las reuniones del Consejo Europeo. Le conocí en 1986 cuando, como Secretario de Estado de Hacienda, le encontré presidiendo el Consejo de Presupuestos.

La Fundación Carlomagno me pide que analice el proceso de construcción de la "Casa Europa". en el que J. C. Juncker lleva trabajando desde principios de los 80.

Precisamente el economista Lester Thurow publicó, en 1992, un libro así titulado con estas palabras ("la casa europea") en el que pronosticaba que Europa sería una de la potencias dominantes del s. XXI. No dijo si sería al principio o al final del siglo, de manera que todavía nos quedan 95 años para hacer realidad su profecía.

Posteriormente otra serie de autores como Mark Leonard ("¿Por qué Europa liderará el s. XXI?"), J. Rifkin ("El sueño europeo"), Zaiki Laidi (" La Norme sans la force"), o T. R. Reid ("The United States of Europe: The New Superpower and the End of American Supremacy") han seguido su estela, subrayando a la UE como el modelo emergente del s. XXI.

Pero como señaló en su discurso de aceptación el Sr. Juncker "los únicos que dudan de los logros de la UE son los europeos". Ciertamente, y no debemos sentir temor de afirmarlo, la "casa Europa" vive una crisis triple: de eficacia, de legitimidad y de dimensión.

La crisis aparece tras cosechar en los últimos años sus mayores éxitos: el Euro y la reunificación del continente. Europa aparece como el Hamlet de Shakespeare preguntándose sobre su ser y su razón de ser.

Por supuesto que las instituciones siguen funcionando para los asuntos cotidianos. Business as usual for usual business. Pero la casa se ha tambaleado con los dos «noes» francés y holandés al Tratado Constitucional.

Aunque algunos países, Luxemburgo y Estonia, han proseguido el proceso de ratificación, todos nos preguntamos cómo volver a dar vida a la casa Europa y cómo devolver la confianza a los ciudadanos que la habitan.

Los Ministros de Asuntos Exteriores se reunieron este fin de semana en la Abadía de Klosterneuburg en Austria para intentar proponer una respuesta al próximo Consejo Europeo

¿Puede ser que nos equivocásemos al utilizar la palabra «Constitución» cuando tratábamos ante todo de garantizar el buen funcionamiento de una Europa ampliada?

Al menos en tres Estados miembros parece que el Tratado constitucional no será sometido a ratificación, con lo que ya serían cinco los que no aprobarían el proyecto y por tanto este habría muerto.

Entre los que así opinan, se encuentran quienes vislumbran la oportunidad de bloquear un proceso de ratificación que estiman perjudicial para el mantenimiento de una determinada concepción de la soberanía nacional y otros que perciben esa situación como un medio para que triunfe su visión de una Europa entendida como un «gran mercado», donde conceptos como «cohesión» y «solidaridad» tienen poco sentido.

De esta manera habríamos vuelto marcha atrás a los días siguientes a la aprobación del Tratado de Niza, que nos conduce, de forma lenta pero inexorable, a la parálisis. Con este Tratado es muy difícil tomar decisiones en una Unión de 25. Será todavía más difícil en una Unión de 27. Y será imposible en una Unión ampliada a más Estados.

Como señaló el primer ministro luxemburgués durante su discurso "sin Constitución, sin una UE con una dimensión social, seríamos una mera zona de libre comercio, desprovista de contenido político".

Es cierto que la casa Europa no fue concebida en un principio como una obra maestra perfecta, ni siquiera completa. No había un plano definitivo. Se trataba más bien de un boceto que debía consolidarse poco a poco con nuevas políticas y nuevos miembros.

Para algunos, esta evolución se fundaba en el objetivo superior de una unión política. Otros, por el contrario, se contentaban con un enfoque simplemente funcional.

Ha habido una serie de añadidos más o menos logrados. También se han hecho "bricolajes" laboriosos, pilares desequilibrados, conectados por improbables pasarelas.

Finalmente, de todo ello ha resultado un edificio más o menos extraño, de acuerdo con la finalidad a la que estaba destinado, pero que sin duda es un edificio que necesita una reforma.

Esta complejidad no ha impedido grandes avances, como el mercado único, la cohesión y la solidaridad con las regiones menos ricas, o el Euro.

Pero en la situación actual habrá que volver a andar el camino iniciado en Niza: volver a los cimientos mismos de la casa Europa y responder a las cuestiones planteadas en Laeken.

Europa, ¿con qué fines? ¿Por qué estamos juntos? ¿Cuanta diversidad es compatible con una Unión eficaz?

Pero no bastará con hacerse preguntas cruzándose de brazos. También hay que avanzar, y demostrarlo con la acción, sin olvidar que las propuestas de mínimos no son suficientes.

La parálisis no es una respuesta a la altura de las cuestiones planteadas. No podemos descuidar la casa Europa a la espera de días mejores. Porque, si bien la empresa atraviesa un momento de fragilidad, su situación no es irreversible.

Podemos justificar Europa por sus ventajas cotidianas, pero hay que hacer de nuevo de ella un proyecto político capaz de influir en el destino del mundo.

Con las sucesivas ampliaciones, contamos cada vez con más ciudadanos. Pero cada vez tenemos más europeos y menos Europa.

Todo esto se ha puesto de manifiesto en la negociación de las últimas Perspectivas Financieras. No es posible realizar un proyecto ambicioso con cada vez más países y cada vez más diferentes, si el único criterio es el saldo neto de cada cual y si el procedimiento de adopción de decisiones sigue siendo la unanimidad.

Como comenté en Aquisgrán, a veces creo que encontraríamos más solidaridad entre unos estudiantes ingleses, alemanes o polacos que comparten piso que entre nuestros dirigentes en el Consejo Europeo. Tal vez a éstos les haría falta un programa Erasmus específico.

Pero recordemos que en Europa el éxito lo hemos aprendido del fracaso, para seguir intentándolo, para que de cada crisis saliera una nueva oportunidad. No será distinto esta vez, pero para ello debemos ponernos de nuevo manos a la obra.

---